

[Publicado previamente en: *VII Jornadas de Arte. Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX. Madrid, 22-25 de noviembre de 1994*, Madrid 1995, 187-196. Editado aquí en formato digital por cortesía del autor, con la paginación original].

Tres arqueólogos españoles del siglo XX: Los profesores A. García y Bellido, A. Blanco y J. Maluquer de Motes

José María Blázquez
Real Academia de la Historia

España ha contado en el siglo XX con buenos arqueólogos, entre los que destacan estos tres, con los que estuve relacionado durante varios años. En el curso 1949-1950 fui alumno del prof. A. García y Bellido, quien dirigió mi tesis doctoral, y además trabajé varios años bajo su dirección en el Instituto Español de Arqueología del CSIC. Durante catorce años fue director del Instituto Rodrigo Caro y de la revista «Archivo Español de Arqueología», que él había fundado. Hice dos campañas de excavaciones bajo su dirección, una en Iuliobriga (Santander) y la segunda en Talavera la Vieja (Cáceres), donde aún se mantenían en pie dos templos romanos. Ya de catedrático en la UCM de la disciplina Historia de España Antigua a partir de 1968, seguí trabajando bajo su dirección en el Instituto Rodrigo Caro hasta su muerte, acaecida el último día de septiembre de 1972, en vísperas de su jubilación. En su compañía recorrí las provincias de Cáceres y Badajoz, visitando monumentos romanos. Por tanto, conocí directamente, y a fondo, al prof. A. García y Bellido.

Respecto al prof. A. Blanco, fui también alumno suyo en el curso 1949-1950, cuando éste estaba recién llegado de la Universidad de Oxford, donde había trabajado durante dos años con los profs. Beazley y Jacobsthal. Ambos eran excelentes investigadores sobre la cerámica griega y de ellos recibió el prof. A. Blanco su afición por estos temas, que tan bien encajaban en su carácter. Desde estos años hasta su muerte, ocurrida el día de Reyes de 1991, mantuve con él una entrañable amistad. Con frecuencia le visitaba en su casa de Madrid, charlando sobre los temas científicos que en ese momento él traía entre manos. Fui testigo de la gestación de sus principales trabajos, con los que proporcionó un giro en muchos puntos a la investigación española.

Desde 1957 a 1968 impartí docencia en la Universidad de Salamanca, encargándome de la cátedra de Historia Antigua, y al mismo tiempo era adjunto de la de Arqueología, de la que era titular el prof. J. Maluquer de Motes, con el que tuve un trato diario durante nueve años.

Antonio García y Bellido

Era discípulo de J.R. Mélida. Aunque este último se hizo famoso por las excavaciones en Mérida y por ser director del MAN muchos años, durante los cuales mantuvo correspondencia con las más afamados arqueólogos clásicos del momento, en cierto sentido se puede afirmar que A. García y Bellido fue el creador de la Arqueología clásica científica en España. El prof. A. García y Bellido hizo su tesis doctoral sobre los hermanos Churriguera bajo la dirección del prof. Tormo, en 1929. Terminada la tesis, pensó dedicar su vida a la Arqueología clásica y se marchó a Alemania pensionado por su gobierno. Entre los años 1930 y 1935 pasó largas estancias en este país y trabajó en Berlín bajo la dirección del prof. Rodenwaldt, director del Instituto Arqueológico Alemán y en aquellos años elaborando una profunda revisión del arte del Bajo Imperio romano. Antes de partir hacia Alemania, había permanecido en Atenas un año becado por la Fundación del Conde de Cartagena. El prof. A. García y Bellido prefirió vivir en una casa particular a residir en el Instituto Arqueológico Alemán de Atenas, con el fin de aprender griego moderno. En 1931 ganó la cátedra de Arqueología Clásica de la Universidad Central. En 1951 creó el Instituto Rodrigo Caro del CSIC, separándolo del Instituto Diego Velázquez de Arte, del que fue director hasta su muerte. Poco antes se había dividido la revista surgiendo el «Archivo Español de Arqueología».

El prof. A. García y Bellido conocía directamente el mundo clásico de todos los países del Mediterráneo. Sólo a Roma había ido en once ocasiones y pasado en esta ciudad largas temporadas, dedicándose al estudio directo de los monumentos y consultando las magníficas bibliotecas con que cuenta la capital de Italia. Dentro de la Arqueología clásica, el prof. A. García y Bellido sintió especial atracción por la *Hispania graeca*, a la que dedicó un libro publicado en 1948, que actualizado se reeditó en la monumental *Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1954. La escultura romana fue otro de sus temas preferidos. A él se debe *Las esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, libro que aún sigue siendo fundamental. En *Archivo Español de Arqueología* publicó varios retratos romanos, según iban apareciendo en suelo peninsular. Entre estos trabajos cabe destacar un estudio sobre el puteal báquico del Museo del Prado (1951), que en opinión del prof. A. Blanco era el mejor estudio que salió de su maestro, donde demostraba no sólo un dominio asombroso del tema, sino un conocimiento exhaustivo de todo el arte griego y principalmente de todas las corrientes artísticas de finales de la República romana y de época augustea, todo ello redactado en un español fluido, pues una de las cualidades del prof. A. García y Bellido era tener una pluma fácil y elegante, en un castellano ameno y perfecto.

Durante la guerra civil escribió su libro *Fenicios y cartagineses en Occidente*, que se publicó en Madrid en 1942, adelantándose muchos años a temas que ahora llevan tiempo de moda. Este libro, puesto al día, se incorporó a la citada *Historia de España*.

El prof. A. García y Bellido preparaba con su discípulo A. Fernández Avilés el «Corpus de mosaicos de España», trabajo que después de su muerte me encargué yo de continuar con la Dra. G. López Monteagudo, discípula muy querida del prof. A. García y Bellido, habiendo ya aparecido 10 volúmenes financiados por el CSIC. El prof. A. García y Bellido preparaba esta obra publicando antes varios trabajos monográficos sobre mosaicos, como los de Córdoba, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1971, de la que era miembro de número y de lo que estaba orgulloso.

Dentro de la Arqueología clásica, el prof. A. García y Bellido tuvo especial atracción por la arquitectura. La muerte le sorprendió preparando una *Arquitectura romana en España*, cuya redacción tenía muy avanzada. Era un magnífico dibujante y conocía muy bien la arquitectura ro-

mana de la capital del Imperio. Mi maestro sintió especial interés por todo lo relacionado con el urbanismo, tanto hispano como romano. A su ágil pluma se debe una *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, 1985, donde con mano maestra traza una gran síntesis del urbanismo del mundo antiguo, incluyendo las principales ciudades del Indo, del Nilo, de Mesopotamia, del Egeo, de Grecia, de Roma y de Hispania. De particular interés en esta obra es la reconstrucción del castro de Coaña, Asturias, que él había excavado, donde quedan bien patentes sus grandes dotes de dibujante y sus conocimientos del urbanismo indígena. Una monografía ágil y muy completa, no superada hasta hoy, es la que dedicó a *Itálica*, 1979, ciudad que él amó con especial afecto. El autor denota en el planteamiento del urbanismo italicense un conocimiento exhaustivo del urbanismo griego y romano. La reconstrucción que hace de la ciudad está magníficamente lograda. Su estudio sobre *El distylo de Iulipa* denota un buen conocimiento de este tipo de monumentos tan originales. Una ciudad que atrajo su atención fue León, a la que dedicó multitud de trabajos. En ella excavó y dirigió un simposion sobre la *Legio VII Gemina*, 1970, donde reunió a los mejores especialistas mundiales del tema. A. García y Bellido fue pionero en los estudios sobre el ejército romano en Hispania, tema que después trataría exhaustivamente J.M. Roldán.

Mi maestro también se interesó por el mundo hispano prerromano. Tartesos y el arte ibérico fueron temas preferidos por él, publicados en la *Historia de España* de 1954. A él se debe la única gran síntesis del arte ibérico, con recogida y estudio exhaustivo de la bibliografía menuda.

El prof. A. García y Bellido no se desinteresó de las fuentes. En multitud de trabajos tocó temas monográficos sobre las fuentes antiguas acerca de la península Ibérica, que reunió en *La península Ibérica en los comienzos de su historia*, 1985, pero podía haber publicado un segundo y aun un tercer volumen con trabajos todavía dispersos en multitud de revistas. Todas las fuentes sobre la península Ibérica en la Antigüedad sobre aspectos muy concretos fueron recopiladas y comentadas por él, como los mercenarios hispanos en el mundo antiguo, etc. Con todos los trabajos sobre los cultos místicos en España, otro de sus temas favoritos, publicó un libro en la casa editorial Brill, en Holanda, traducido al francés, que sigue siendo fundamental.

Al prof. A. García y Bellido le gustaba poco dar clases. Después de la guerra perdió el interés por la docencia, al llegar generaciones de estudiantes que después de haber permanecido muchos años en los cuarteles, después de la guerra civil, sólo buscaban el título para colocarse dando clases en academias e institutos. Sin embargo, pensando en sus alumnos prepara un *Arte romano*, 1955, del que han sido publicadas varias ediciones. La muerte le sobrecogió con un *Arte griego* prácticamente terminado.

A. García y Bellido formó una buena escuela de arqueólogos clásicos, a la que pertenecen A. Blanco, A. Fernández Avilés, J.M^a Blázquez, M. Vigil, G. López Monteagudo, L. García Iglesias, P. González y Fernández Fuster, aunque a este último la vida le llevó por otros derroteros.

Mi maestro era un trabajador infatigable. Todo el día estaba entregado al estudio de la Arqueología. Para él no había vacaciones. Era cariñoso y afable en el trato, sobre todo con los que trabajábamos directamente con él. En la intimidad contaba chistes y nunca hablaba de política. Fue republicano y le pareció una barbaridad la depuración de catedráticos que hizo el régimen de Franco. Estaba orgulloso de sus hijos y de sus discípulos, de los que decía que en muchos temas, en los que él había sido pionero, ya sabíamos más que él. En el extranjero era considerado un investigador de primera fila y muy querido por su trato afable y asequible a todos. Yo soy testigo de que todos los profesores extranjeros que pasaban por Madrid le visitaban en su despacho del Rodrigo Caro. Algunas teorías de A. García y Bellido han pasado, como su cronología baja del arte ibérico, pero hace años era la fecha que estaba de moda entre los investigadores. Baste re-

cordar que un excelente conocedor de la arqueología de España, como el prof. J. Martínez Santa Olalla, hacía toda la escultura ibérica posterior al 218 a.C, fecha del desembarco de los Escipiones en Ampurias.

El prof. A. García y Bellido no admitía ni daba recomendaciones en oposiciones. A causa de una recomendación para aprobar a una alumna, hija de un gerifalte del franquismo que no aprobó debido al mal examen que hizo, el hijo de A. García y Bellido fue castigado no dejándole salir de España. En una oposición a una plaza del CSIC, el prof. A. García y Bellido no dijo nada al tribunal sobre sus preferencias, aunque él estaba a favor de su alumna la Dra. G. López Montea-gudo, que con los años resultó ser una investigadora de primera fila. El tribunal, creyendo que prefería a otro candidato que procedía de mi círculo, pues bajo mi dirección hizo sus estudios en Salamanca, la tesina y la tesis doctoral y a quien yo introduje en el CSIC desde el instituto de Écija, donde impartía clases de inglés, votó a este último.

Al prof. A. García y Bellido los honores, las distinciones y condecoraciones le tenían sin cuidado, aunque muchas sociedades científicas le acogieron en su seno. Nunca quiso cargos universitarios, aunque pudo tener algunos y de importancia, como Secretario General de la Universidad. Decía que sólo quedaba de nosotros el trabajo científico. No le molestaba que sus discípulos defendieran teorías diversas a las suyas, como la cronología de la Dama de Elche. Se esforzaba por seguir las corrientes y temas científicos del momento, como sucedió con la renovación que A. Blanco dio al problema de Tartesos. También estaba muy orgulloso de pertenecer a la Real Academia de la Historia. En víspera de morir me decía que estaba muy contento de tres cosas: la labor científica realizada, la familia que había fundado y los alumnos que continuaban su obra.

Antonio Blanco Freijeiro

El prof. A. Blanco era muy diferente de su maestro A. García y Bellido. Era fundamentalmente un esteta, un historiador del arte clásico. Sólo le interesaban las grandes creaciones artísticas de la Antigüedad. La terra sigillata o los mosaicos del Bajo Imperio, como los monumentos de Piazza Armerina, carecían de interés para él. Tampoco sintió especial atracción por las excavaciones, aunque participó en varias importantes: la Lanzada, excavación fundamental para el conocimiento de las relaciones comerciales de los pueblos del NO hispánico con la Galia y de la situación económica de los galaicos; Río Tinto, excavación de un poblado minero indígena que proporcionaba plata a los colonizadores fenicios asentados en la costa, obteniendo el mineral con técnicas traídas por los fenicios del Oriente y empleadas en sus explotaciones en Asion-Geber; Peal del Becerro, donde por vez primera se excavan tumbas oretanas del siglo IV a.C. semejantes a las de Chipre; Tejada la Vieja, poblado minero con unas imponentes murallas, excavado y publicado después por J. Fernández Jurado; Ategua, gigantesca fortificación donde César sitió a los partidarios de Pompeyo antes de la batalla de Munda; y en prospecciones mineras en Huelva en compañía de una de las mayores autoridades mundiales sobre el tema, B. Rothenberg, donde se aplicaron sistemas arqueometalúrgicos, demostrándose que las explotaciones mineras comenzaron en Occidente antes que en Oriente. El fruto de todas estas prospecciones fue una obra fundamental firmada por ambos, *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*, 1981.

Siempre se mantuvo en la línea de la arqueología alemana fundada por Winckelmann en el siglo XVIII. Disfrutó de una beca del Conde de Cartagena que le permitió trabajar dos años en Oxford, 1947-49, bajo la dirección de los profs. Beazley y Jacobsthal, de los que heredó su afe-

ción por la buena cerámica griega, estudiada desde el punto de vista del arte. Nosotros le publicamos en *Zephyrus* el estudio de toda la cerámica griega de la Casa Ducal de Alba. Posteriormente (1954-55) disfrutó de la codiciada beca Humboldt, que le permitió trasladarse a la Universidad de Heidelberg, donde estudió con el famoso etruscólogo prof. Herbig, y después en Bonn con el prof. Langlotz. De todos ellos guardó un inmejorable recuerdo y todos influyeron en su formación científica. Durante tres años fue director de la Academia española de Roma, lo que le permitió conocer a fondo el arte de Roma. Durante estos años hizo que sus principales alumnos de arqueología clásica pasaran temporadas en Roma, en contacto directo con los monumentos romanos. Al igual que su maestro A. García y Bellido, viajó por el Mediterráneo, conociendo a fondo Grecia, la costa de Turquía y sobre todo Egipto, por cuyo arte sintió siempre una especial atracción. Lo conoció muy bien y fruto de ello son sus dos magníficos folletos sobre el arte egipcio publicados en *Historia 16*.

A. Blanco se deleitaba dando clases. Hablaba muy bien y manifestaba un conocimiento exhaustivo no sólo de la bibliografía más rara, sino de todo tipo de fuentes, que manejaba a la perfección, conocimientos que quedan reflejados en sus escritos. Tan sólo no se sintió cautivado por la filosofía greco-romana, aunque la figura de Séneca le fascinó y a ella dedicó una conferencia después impresa en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos. En 1959 ganó por oposición la cátedra de Arqueología de la Universidad de Sevilla y en 1973 sucedió en la docencia universitaria de la UCM a su maestro, el prof. A. García y Bellido.

A. Blanco renovó a fondo importantes temas de la Arqueología hispana. En primer lugar, A. Blanco estuvo siempre pendiente de la enseñanza. Para ello redactó dos excelentes manuales, que son buenas síntesis de la materia en el momento de su publicación. En sus varias ediciones, han estudiado arte griego y oriental multitud de estudiantes de toda España. Ambos libros llenaban un vacío en la educación universitaria española. En 1956 se publicó en Madrid, CSIC, su *Arte griego*, y en 1972 y en la Universidad de Sevilla el *Arte antiguo del Asia Anterior*. Ambos manuales están sembrados de una gran cantidad de consideraciones estéticas, producto de su visión directa de los temas y de la lectura de la numerosa bibliografía.

Su estancia como conservador del Museo del Prado le permitió estudiar monográficamente toda la escultura clásica. Fruto de este trabajo fue la publicación del catálogo de escultura clásica, donde levantó hasta la segunda mitad del siglo IV a.C. la fecha de la Dama de Elche, iniciado así una revisión de la cronología del arte ibérico. En el primer número de *MM* publicó un magnífico análisis del arte ibérico, señalando sus raíces clásicas. Al prof. A. Blanco se debe el estudio de varios retratos de Augusto, Domiciano, Antonino Pío, Vulcano, etc., aparecidos en varios números del *AEspA*, siempre en la línea de un estudio estilístico.

Sus excavaciones en Peal del Becerro (Jaén) le permitieron un conocimiento directo del arte ibérico. El trabajo que dedicó a estas excavaciones, aparecido en el *BIEG*, es un análisis de las corrientes artísticas y comerciales en la Alta Andalucía, con multitud de puntos de vista nuevos, como las vías de penetración de los influjos de los pueblos colonizadores en función de la salida del mineral de Oretania. En la misma dirección de este estudio se encuentra su publicación del toro de Porcuna (Jaén), pieza excepcional del arte ibérico, diferente de todas las restantes. En este trabajo A. Blanco demuestra un conocimiento exhaustivo del arte oriental y de su repercusión en el extremo Occidente.

A. Blanco renovó todo el problema de Tartesos con sus dos publicaciones *Orientalia I* y *II*, aparecidas en *AEspA* 1956 y 1960. Planteó por vez primera la posibilidad de que los jarros llamados tartésicos estuvieran fabricados en la península Ibérica, demostrando un buen conocimiento del período orientalizante en Oriente, Chipre, el Egeo, Etruria y Cartago. Analizó deteni-

damente y por vez primera el tesoro de La Aliseda (Cáceres), llegando a la conclusión que estaba fabricado en Occidente y que acusaba un fuerte influjo etrusco. Igualmente por vez primera se examinaron detenidamente los marfiles de Carmena y de otros lugares próximos, estableciendo escuelas y cronologías, deduciendo que los primeros artesanos llegaron del Oriente y crearon escuelas que les sucedieron, puntos todos de gran novedad. Por vez primera un arqueólogo vincula Tartesos con una serie de objetos señalando la existencia de un período orientalizante en Occidente, semejante al de Oriente, Grecia, Etruria y Cartago.

A A. Blanco se deben otros importantes estudios, como los tres referentes a la orfebrería galaica, en los que no sólo se fija en las obras del NO hispánico, sino que hace un exhaustivo examen de toda la joyería prerromana de la península Ibérica. Estos tres trabajos, que ahora se reeditan, aparecieron en los *CEG*, 1957, donde también vio la luz su estudio sobre el tesoro Bedoya. Estos trabajos permitieron al autor situar la orfebrería hispana en el cuadro de la orfebrería europea anterior a la conquista romana, señalando su originalidad técnica y temática y sus influjos europeos e incluso mediterráneos, traídos por los pueblos colonizadores, principalmente los fenicios. El estudio de esta orfebrería permitió al autor señalar la penetración de los influjos artísticos, los caminos comerciales, los diferentes influjos, imitaciones y novedades, todo ello expresado en un estilo de gran finura.

A. Blanco sintió siempre especial atracción por los mosaicos. La mencionada beca del Conde de Cartagena se le concedió para estudiar mosaicos. El resultado fue una publicación sobre *Mosaicos de asunto báquico*, aparecido en el *BRAH*, 1952, donde están ya presentes las características de A. Blanco como arqueólogo clásico: minuciosa descripción del mosaico, estudio comparativo no sólo en mosaicos sino en escultura, estilo altamente depurado, manejo exhaustivo de la bibliografía y de las fuentes. A este estudio primerizo siguieron otros, como uno soberbio sobre el mosaico cordobés de Polifemo y Galatea, *AEspA*, 1959, fechado hacia el año 200, fiel trasunto de la pintura helenística de finales de la República romana. Con este análisis, A. Blanco entra en un tema que varios decenios después va estar de moda, cual es la relación entre pintura y mosaico (J. Balty, D. Fernández Galiano) o mosaico y relieves (Dunbabin). Una de las características de A. Blanco fue la de ser un lector infatigable de la literatura española, alemana e inglesa y no sólo de la clásica. Al estudiar este mosaico cordobés, inmediatamente cayó en la cuenta que coincidía con la descripción de Góngora sobre el tema. A. Blanco fue igualmente un gran aficionado a la novela policíaca. Preparó un excelente y documentado prólogo a una edición de Labor.

A. Blanco publicó los dos primeros volúmenes del *Corpus de mosaicos de España*, dirigido por nosotros, consagrados a los mosaicos de Mérida y de Itálica, 1978. En el primer fascículo destaca el estudio del mosaico cosmogónico de Mérida, donde el autor manifiesta la finura de su análisis, sus conocimientos de las fuentes y de la bibliografía. Mérida, la capital de la provincia de Lusitania, que todavía conserva mucho de su monumentalidad romana, e Itálica, patria de los emperadores hispanos, fueron dos ciudades que tanto A. García y Bellido como su discípulo visitaron continuamente, estudiando su pasada grandeza romana. Mérida gozaba la ventaja de tener un director del Museo Arqueológico, J.M. Sáez de Buruaga, como ha habido pocos. Excelente persona, servicial, generoso con todo el mundo, desprendido, de un carácter magnífico, buen conocedor de la historia de la ciudad en todas las épocas, que hacía las visitas muy agradables y provechosas. Su hijo, el actual director del Museo Nacional de Arte Romano, no le va a la zaga en cualidades, ayudado por su esposa. En compañía de J.M. Sáez de Buruaga, organizó A. Blanco el bimilenario de la fundación de la colonia, en 1975, publicándose un magnífico libro de Actas.

El conocimiento de las fuentes, manejadas de modo maestro y exhaustivo, permitió a A. Blanco interpretar el singular monumento de Cancho Roano (Badajoz), *BRAH* 1981, como un altar de sangre, de los que hay muchos conocidos en el centro de Europa y en Grecia, tesis que su excavador, J. Maluquer de Motes, no aceptó.

Aunque A. Blanco era un arqueólogo clásico, se interesó también por las artes de los pueblos prerromanos. Además de los temas ya apuntados, estudió la cerámica ibérica de Andalucía y Levante en los *Cuadernos del seminario de estudios cerámicos de Sargadelos*, 14, 1976, siempre desde el punto de vista artístico.

A Sevilla, en la que pasó muy buenos ratos de su vida, dedicó un trabajo, *La Sevilla romana, Colonia Iulia Romula Hispalis*, 1972, que indica bien claramente su interés por los temas de la romanización. Rastreó los antecedentes paganos de las procesiones cristianas en un trabajo de 1958, *BRAH*, que demuestra que había estado interesado por problemas de religión pagana. Itálica, como ya se ha dicho, llamó poderosamente su atención. En 1983, *BRAH*, publicó algunas inscripciones inéditas de Itálica, demostrando ser un buen epigrafista.

No podemos silenciar dos temas tratados con gran maestría por el prof. A. Blanco. En primer lugar los tres trabajos, *BRAH* 1987-88, dedicados a las esculturas de Porcuna, las piezas cumbre del arte ibérico, en las que señaló la existencia de varios talleres; el influjo focense, que él ya había detectado en varias esculturas del Levante ibérico, siguiendo a su maestro Langlotz; los paralelismos de las armas de estos guerreros con las de la Meseta, concretamente con la llamada cultura del Tajo, y de los cascos con los de las monedas de Focea; del león apoyado en una palmeta con la cabeza vuelta con la pintura de un vaso pónico de Würzburg, de mediados del siglo VI a.C. De particular interés son las esculturas de posibles sacerdotes y sacerdotisas, con puntos de gran novedad en el análisis del ropaje.

Con un trabajo sobre los nuevos bronce de Sancti Petri, *BRAH* 1985, volvió a un tema de moda, que él ya había iniciado años antes, la colonización fenicia.

Siguiendo a su maestro P. Jacobsthal, A. Blanco no era muy dado a asistir a congresos. Sin embargo, organizó un coloquio internacional sobre el bimilenario de Lugo, 1977, que resultó muy bien, además del citado de Mérida.

Un tema que en cierta manera desentona dentro de la línea seguida por su investigación, fue su estudio de los verracos celtibéricos, *BRAH* 1984, que le obligó a visitar todas las piezas desperdigadas por la Meseta, proponiendo una tesis de gran novedad: su cronología romana y su carácter funerario, en lo que coincidió con el estudio de G. López Monteagudo.

El prof. A. Blanco formó una buena escuela de arqueólogos clásicos, de la que estaba muy orgulloso, a la que pertenecen R. Corzo, el arquitecto Jiménez, P. León, L. Abad, J.M. Luzón, M. Bendala, J.M. Álvarez, y otros muchos catedráticos de instituto, que no se han dedicado expresamente a la arqueología clásica. Una faceta importante de su personalidad fue el dedicarse también a la alta divulgación científica de temas del mundo clásico, en los que quedaba bien patente su amplio saber, su buen estilo, sus preocupaciones científicas, el dominio de las fuentes y de la bibliografía, en pocas palabras su gran conocimiento del mundo clásico. A. Blanco era un esteta, sintió la llamada del arte. Quizá por influjo de su protector, también pontevedrés, el prof. Cantón, se interesó por temas de arte. Publicó un soberbio libro sobre *El caballo en el arte* y un trabajo sobre tapices. Fue también comisario de Arqueología.

A. Blanco era extraordinariamente afable en el trato y cariñoso con sus discípulos, que le visitábamos continuamente en su casa. No tenía ningún inconveniente en dejar lo que estuviera haciendo y ponerse a charlar. Frecuentemente nos invitaba a cenar, hablaba de los trabajos que traía entre manos y asistíamos a la gestación de los mismos, con lo que se aprendía bien su depurado

método científico. Al igual que su maestro, fue miembro del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín y de la Real Academia de la Historia.

Juan Maluquer de Motes

Fue un excelente representante de la escuela catalana de Arqueología, discípulo de la gran figura de nuestra Arqueología P. Bosch Gimpera, cuando aún estaba en los primeros años de carrera a raíz de la guerra civil. Procedía de una buena familia de terratenientes de Lérida. Su madre tenía el título de baronesa y su padre desempeñó un cargo importante durante la dictadura en Barcelona. J. Maluquer procedía de la burguesía catalana no fabril ni textil. Se le puede considerar como un soberbio representante de las mejores cualidades científicas y humanas de esta burguesía y de la escuela catalana de arqueología, fundada por la entrañable figura humana y de gran altura científica P. Bosch Gimpera. Después de la funesta guerra civil trabajó en el Museo Arqueológico de Barcelona, bajo la dirección del prof. M. Almagro. Allí se encontró con otros jóvenes arqueólogos catalanes que luego desempeñarían importantes papeles, los futuros catedráticos de Universidad M. Tarradell, recientemente fallecido, E. Ripoll, P. de Palol y A. Arribas. Debido a la guerra civil y al aislamiento que sufrió España en la posguerra mundial, J. Maluquer no pudo completar su formación con largas estancias en el extranjero, pero este vacío lo llenó con una lectura insaciable de todo libro o trabajo de arqueología que caía en sus manos. No fue un arqueólogo clásico, aunque también se interesó por estos temas. La España prerromana fue su mundo científico.

En 1949 ganó la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Salamanca. J. Maluquer cogió una etapa de gran calidad científica en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, a cuya altura contribuyó con su saber como uno de los mejores profesores. Por aquel entonces contaba la Facultad salmantina con destacadas figuras en sus respectivos saberes: A. Tovar, M. Sánchez Ruipérez, M. Díaz y Díaz, M. Artola, etc. J. Maluquer había heredado de su maestro, P. Bosch Gimpera, una concepción universalista de la ciencia arqueológica. Era lo más contrario al sabio local, que sólo conoce la arqueología de su pueblo o comarca, como sucede ahora. Era partidario de una concepción universalista de la ciencia, pues lo local no se puede interpretar sin lo exterior. Con este criterio, como lo indica en el prólogo del primer número, fundó la revista *Zephyrus*, que aún hoy subsiste, siendo una de las mejores del país. J. Maluquer tenía un carácter abierto, atractivo, servicial con todo el mundo, por lo que encajó perfectamente en una Salamanca tan diferente de Barcelona. En Salamanca, tanto en la Universidad como en la ciudad, fue un profesor popular y muy querido de todos. Supo granjearse la amistad de personas, como el presidente de la Diputación, que costearon estudios arqueológicos, como la publicación de la *Carta arqueológica de Salamanca*, 1956, con la que esta provincia entró en la investigación arqueológica mundial. Antes era prácticamente desconocida, a pesar de los esfuerzos del benemérito P. Morán. En 1959 se trasladó a la Universidad de Barcelona, pensando incorporarse a la escuela catalana de arqueología, pero los tiempos habían cambiado mucho. Poco después llegó la protesta estudiantil, que le cogió siendo decano, cargo que aceptó por su profunda vocación universitaria. Lo primero que hizo fue fundar una segunda revista de Arqueología, *Pyrenae*, que aún vive.

J. Maluquer fue un gran profesor universitario, de clases amenas y profundas, un gran excavador y un gran investigador. Tenía un talento extraordinario para la arqueología y un enorme interés por todo tipo de problemas, un espíritu muy despierto para estar muy al tanto de las nue-

vas corrientes y problemas arqueológicos. Para él la arqueología era hacer historia y le interesaban todo tipo de problemas de carácter histórico. Su obra científica es de una gran solidez. Fue un excavador nato, con un método científico excelente. Era honesto y crítico a la vez en su trabajo. Admitía toda clase de críticas. Su obra científica tendría que ser continuamente consultada. J. Maluquer dejó unos 220 artículos de carácter arqueológico y 37 monografías fruto de sus trabajos de campo. No conoció otros intereses que la arqueología, su familia y sus discípulos. No le conocí intereses literarios.

El prof. J. Maluquer dedicó gran parte de su vida a las excavaciones, por lo que su obra científica quedará y tendrá que ser continuamente consultada. El estudio del material le permitió abrir nuevos horizontes y plantear problemas hasta entonces desconocidos, con puntos de vista de gran novedad, llenando siempre vacíos en la investigación hispana. La muerte le cogió en una excavación en su Lérida natal. Su tesis la redactó sobre los campos de urnas, trabajo que aún hoy día es un obligado estudio de referencia. Excavaciones suyas de gran importancia fueron: *Excavaciones en el Cerro del Berrueco*, 1958, clave para el conocimiento de la Meseta en los finales de la Edad del Bronce; *El castro de los Castillejos de Sanchorreja*, excavación iniciada antes de la guerra civil por J. Cabré y por J.M. de Navascués, de la que se conservan los diarios, pero ningún trabajo científico, clave también para el conocimiento de los pueblos de la Meseta; su trabajo sobre la cerámica de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro, 1956, con un planteamiento de gran novedad, demostrando conocer bien toda la problemática de la región; once campañas en Cancho Roano, publicadas en 1987, que él consideró un santuario. Se trata de uno de los monumentos más importantes de la Hispania prerromana, excavado con un depurado método científico y con una publicación modélica bajo todos los aspectos.

El prof. J. Maluquer se interesó no sólo por Cataluña, donde trabajó en su tierra natal, Lérida, abriendo unos horizontes científicos hasta entonces desconocidos, sino que excavó en uno de los yacimientos más importantes de los aparecidos después de la guerra civil, Cortes de Navarra (*El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, 1958). Precisamente sus excavaciones en Lérida eran del período hallstático. Mediante estos trabajos sistematizó, con datos de primera mano, toda la primera Edad del Hierro. En el libro homenaje al prof. C.F.C. Hawkes, gran prehistoriador de la Universidad de Oxford, trazó una síntesis de primera mano titulada *Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro*. También se interesó por todo lo referente a Tartesos, lo que le llevó a excavar en Bobadilla (Jaén, 1981), con lo que se introdujo directamente en un mundo desconocido para él.

El carácter abierto del prof. J. Maluquer y su gran voracidad científica, le llevaron a mantener una copiosa correspondencia con las figuras más destacadas de fuera de España, no sólo con su maestro P. Bosch Gimpera, sino también con los dos colosos científicos del momento, V. Gordon Childe y C.F.C. Hawkes. Sería muy importante publicar su correspondencia científica con estos profesores.

El prof. J. Maluquer se interesó igualmente por otros temas, como la *Arquitectura y urbanismo ibérico en Cataluña*, 1986; por la *Problemática general del Hierro en Occidente*, 1984. Durante una enfermedad redactó su libro *Epigrafía prelatina de la península Ibérica*, 1968, que durante muchos años fue la única obra de conjunto sobre este tema con la que contaban los investigadores.

El prof. J. Maluquer dirigió varios congresos internacionales, que reunieron a muchos investigadores y que plantearon nueva problemática con grandes novedades. Uno, que abrió grandes horizontes y que fue en gran medida el pionero de los estudios sobre Tartesos, se celebró en Je-

rez de la Frontera. Hace dos años hemos tenido un segundo en la misma localidad al celebrarse los 25 años del primero. En 1960 dirigió el *Primer symposium de Prehistoria de la península Ibérica*, en 1963 *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología catalanas* y en 1977 dirigió el congreso *Segovia y la arqueología romana*, con grandes aportaciones y novedades sobre la romanización de la Meseta. J. Maluquer siempre tenía un oído muy abierto a las nuevas corrientes y teorías científicas de la reciente investigación. Le gustaba siempre estar en la brecha de la problemática. Se esforzaba por ponerse continuamente al día.

Como tipo humano era fabuloso. Yo pasé junto a él y su esposa, María, los mejores años de mi vida, recorriendo la provincia de Salamanca. No conocía otro tema de conversación que la arqueología. Era entrañable con su familia y con los que trabajábamos junto a él. La muerte de su hija acabó con él. Dejó numerosos discípulos, que guardamos un gran recuerdo de su persona. Su prestigio científico fue grande fuera de España. El Instituto Arqueológico Alemán de Berlín le contó entre sus miembros. Tengo para mí que J. Maluquer será uno de los arqueólogos actuales que aguanten mejor el paso del tiempo. Sus excavaciones siempre serán consultadas y hay que contar con sus teorías.

Estos tres maestros fueron liberales y no tuvieron nada que ver con el régimen franquista.